



LOS VALORES SOCIOCULTURALES EN COLOMBIA: ¿ALIADOS O ENEMIGOS PARA EL DESARROLLO NACIONAL?*

El país en que vivimos es el resultado de un proceso histórico particular, único, que ha moldeado nuestra realidad social y ha determinado los alcances de nuestro proceso nacional de desarrollo. Como ocurre en la vida de cualquier ser humano, las decisiones tomadas, los eventos vividos, y las singularidades de nuestros acuerdos de interacción social nos trajeron al lugar en el que nos encontramos como sociedad, aún hoy forjan las bases de nuestros esquemas de relación social y afirman diariamente nuestra identidad cultural.

Tomando como punto de referencia los planteamientos realizados por Frank Safford en su escrito "Valores socioculturales, estructuras y políticas públicas en el desarrollo colombiano"¹, realizaré un ejercicio de análisis acerca de los valores socioculturales que nos caracterizan como sociedad, analizando las virtudes y vicios que estos entrañan y lo proclives que somos como colectividad a fomentar o retrasar el desarrollo nacional a partir de la vivencia de dichos valores. Con este análisis buscaré también



establecer puntos de encuentro y/o desacuerdo entre los planteamientos de Safford y la visión particular que propongo en este escrito.

Para sintonizar las expectativas del lector y establecer un diálogo legítimo, resulta clave compartir la siguiente pregunta que ha motivado este ejercicio de análisis: ¿Existen en la sociedad colombiana valores socioculturales que puedan considerarse patrones explicativos del desenvolvimiento histórico y económico del país? Con el ánimo de esbozar alguna respuesta y para contextualizar la argumentación, resulta relevante exponer los planteamientos con los que Safford da cuenta del proceso de desarrollo socioeconómico del país.

El autor recompone nuestra realidad de subdesarrollo y la ilustra a partir de tres eventos históricos particulares: los intentos por crear industrias modernas en Bogotá en 1850, los esfuerzos del gobierno de Mariano Ospina Rodríguez por fomentar la educación técnica en la juventud como elemento para modificar valores, y el poco éxito de las exportaciones colombianas en el siglo XIX. Simultáneamente, y a manera de comparación, el autor explica los factores

que permitieron el desarrollo sobresaliente de Antioquia frente a otras regiones del país, destacando la actividad minera como elemento de ascenso social para la población especialmente en sociedades como la antioqueña. En el escrito Safford también resalta una serie de elementos que consideró preponderantes para frenar el desarrollo económico colombiano: las estructuras geográficas nefastas para el transporte y el desarrollo industrial, los altos costos de capital, la escasa tecnificación de la mano de obra artesana y el desconocimiento de los empresarios sobre administración industrial, entre otras. El autor finalmente critica la excesiva importancia que en la acción económica se le han dado a las políticas de desarrollo impulsadas por el Estado.

Sobre el planteamiento de Safford considero lo siguiente: si bien resultan innegables los argumentos propuestos por el autor para explicar el proceso de desarrollo colombiano, estos expresan una condición necesaria pero no suficiente para dar plena cuenta de nuestra compleja realidad actual.

* El presente texto se constituye en un análisis de lectura realizado en la asignatura de Cultura y perdurabilidad organizacional, orientado por la docente Olga Lucía Anzola.

** Estudiante de la Especialización en Gerencia del Desarrollo y Cambio Organizacional

1. SAFFORD, Frank. Los valores socioculturales, las estructuras y las políticas públicas en el desarrollo colombiano. En: Cátedra Corona No. 5, Universidad de Los Andes, Bogotá, Octubre de 2002.

El autor hace una lectura de nuestra realidad de subdesarrollo desde la óptica económica, restando protagonismo a los valores socioculturales planteados por estudiosos sociales como Talcott Parsons y Seymour Martin Lipset, valores que considero encarnan buena parte de la problemática económica y social de nuestro país.

Si analizamos en detalle las "patterns variables" planteadas por Parsons notaremos que las relaciones por él propuestas son relevantes para entender el proceso de desarrollo colombiano. Dichas relaciones ilustran en forma contundente nuestro condicionamiento social a preferir los valores particulares frente a los universales, y los adscriptivos, o resultantes de la herencia, frente a los orientados al desempeño. Siguiendo la línea trazada por Parsons, Lipset propone la relación Igualdad / Desigualdad, relación a la que atribuyo un efecto más poderoso del que le otorga Safford, en cuanto ilustra con sencillez y acierto un elemento que podemos considerar constante en el proceso de construcción social nacional, desde nuestra ancestral colonización hispánica hasta hoy: la concepción del poder como medio de dominación en lo político, lo económico y lo social. Analizaré cada una de estas variables para clarificar los argumentos que propongo.

En primer lugar quiero referirme al predominio de la desigualdad sobre la igualdad. Esta relación planteada por Lipset, es una constante en nuestro proceso de interacción social y se refleja hoy en la dramática situación de pobreza que afronta la sociedad colombiana. Me centraré en tres temas en mi opinión determinantes para entender la dispar distribución del ingreso en el país que permite el desequilibrio en la relación igualdad / desigualdad, ellos son: la religión, la educación y el empleo.

- En los preceptos de la religión católica, herencia del proceso de colonización, se enaltece el valor de la pobreza, que a mi

parecer sustenta la "tolerancia" del pueblo colombiano frente a las hegemonías de dominación en el ejercicio del poder público. Bien lo expresa el insigne pasaje bíblico según el cual el reino de Dios está abierto para los pobres y condenado para los ricos: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, a que un rico entre al reino de los cielos". Esta frase promulgada a través de las generaciones sustenta la creencia aún hoy arraigada en muchos colombianos de que debemos aceptar con resignación la pobreza y esperar pacientemente por la reivindicación proveniente de un poder superior, esta creencia sustenta nuestra pasividad y la facilidad con la que olvidamos los atropellos e injurias que engendra la guerra, da cuenta también de la inconstancia que nos caracteriza para poner en marcha nuestros proyectos, a pesar de la creatividad e inventiva que se le reconoce al colombiano promedio. A manera de contraste, esta misma creencia en sentido contrario exacerba el resentimiento de algunos frente a quienes ostentan el poder llegando al punto de desbordar los límites de la autoridad y la democracia y convirtiéndose en conflicto civil y desorden público.

- Observemos ahora panorama del empleo en Colombia, este resulta determinante para entender la dinámica que sustenta la desigualdad social. Para iniciar mencionemos la desigualdad de oportunidades entre las diversas regiones del país que ha permitido la concentración excesiva del poder en unas pocas ciudades, examinemos también la disímil remuneración del empleado por cuenta de la diferencia de género, clase social y formación profesional. Diariamente en Colombia nuestros profesionales son marginados al subempleo, forzados al exilio y a la preocupante fuga de cerebros, o condenados a sucumbir ante la tentación de la corrupción promovida por los perversos esquemas



de administración arraigados en nuestras instituciones públicas.

- Sobre la educación: en Colombia debemos reconocer que no hemos logrado convertir la educación en el elemento preponderante para la movilidad social. Por encima de la preparación académica y la dedicación al estudio prevalecen las relaciones sociales, los cacicazgos políticos y las herencias familiares que sostienen la desigualdad e imposibilitan a los profesionales la ocupación de puestos acordes con su formación.

Continuando el análisis de las *pattern variables* descritas por Parsons y debatidas por Safford, me referiré a la supremacía de los valores adscriptivos frente a los derivados del desempeño. Safford retoma personajes de la sociedad Bogotá de mitad del siglo XIX como el artista Alejandro Osorio o los líderes políticos Mariano Ospina Rodríguez, Manuel Murillo Toro y Aquileo Parra, cuyas historias de vida ejemplifican el valor de la meritocracia. Con estos ejemplos el autor presenta el mérito como un elemento de alta relevancia en la escala valorativa de la sociedad de la época, restando fuerza y peso a la orientación a la herencia propuesta por Parsons. En mi opinión, aunque resulta innegable el mérito en los personajes que retoma Safford, claramente se trata de eventos excepcionales, incluso minúsculos, frente a la regla imperante en la época: el acceso al poder y las oportunidades como resultado de la herencia.

Sólo un vistazo desprevenido sobre la escena política colombiana nos permite observar fácilmente las reglas de juego que determinan la asignación del poder en el país. La historia política nacional se caracteriza por la permanencia en los altos cargos del Estado de personajes con apellidos ilustres, miembros de familias tradicionalmente insignes, quienes generación tras generación han ostentado el poder político y económico del país, adjudicándose los privilegios

que supone el ejercicio de la administración pública. Los nombres y ejemplos son innecesarios, el lector sacará sus propias conclusiones.

Nuestro país apenas de forma incipiente se encuentra transitando los senderos de la privatización de sus entidades, lo que puede ser considerado provechoso para hacer realidad el mérito en la administración que repercute en la adjudicación de cargos y funciones, sin embargo, como ya se ha visto en la empresa privada, la flexibilización de las leyes laborales, impulsada por modelos de desarrollo avalados por supra-entidades económicas como el Banco Mundial, ha inclinando la balanza a favor del empleador concediéndole poder excesivo sobre la asignación de cargos y sobre las condiciones laborales de los empleados, esto nuevamente desequilibra las oportunidades y pone en una situación ventajosa a aquellos miembros de los tradicionales centros de poder político y económico.

La última relación que quiero explorar es nuestra tendencia social a preferir los valores particulares sobre los universales. Esta preferencia inconsciente explica con claridad y contundencia nuestra problemática social, en cuanto deja en evidencia la dinámica del subdesarrollo económico que le da vida; retomaré el tema del empleo para ilustrar esta dispar relación. Aún hoy la apuesta del técnico y del profesional colombiano sigue siendo acceder al empleo a través de entidades gubernamentales dramáticamente politizadas que son concebidas por el ciudadano como los brazos extendidos del “Papá Estado” con quien se establecen relaciones de “saqueo” que apuntan siempre a maximizar el beneficio personal aún cuando ello atente contra el desarrollo y el bienestar general. La corrupción esta presente en buena parte del aparato estatal y el colombiano ha desarrollado un complejo “sistema de mafias” que desdibuja el concepto de Estado y frena el desarrollo y crecimiento económico de las regiones del país.

Para entender un poco mejor la supremacía de los valores particulares sobre los

universales volvamos a Safford y a las razones que propone para explicar el fracaso de los proyectos industriales en el siglo XIX: la incapacidad administrativa y el desconocimiento de los procesos. En primer lugar reconozcamos que en nuestra actual industria, nuestro país cuenta con personas altamente capacitadas, con conocimientos técnicos, económicos y administrativos suficientes para movilizar el sector industrial y promover el desarrollo. El sector financiero, el de telecomunicaciones, el de explotación mineral, y muchas empresas del sector productivo logran rendimientos espectaculares, producto de gestiones administrativas eficientes y de un apropiado manejo del riesgo, los procesos, las finanzas y la tecnología disponible, paradójicamente, se mantiene la supremacía de los valores particulares sobre los universales pues todo este superávit que genera la industria cumple un círculo vicioso que fomenta la concentración del capital en las mismas manos de manera que los beneficios no son transferidos a las comunidades, a las regiones y a la sociedad colombiana. Esa mano invisible, emblemática para el capitalismo y soñada por Adam Smith nunca llegó al colombiano promedio, nuestra cultura promueve el predominio de los valores particulares sobre los universales, contrario a lo que promueve la tan sonada responsabilidad social empresarial, y sigue fomentando en Colombia la acumulación antes que la transferencia de recursos, la concentración de la riqueza antes que la búsqueda del bienestar común.

Una vez expuestas las implicaciones que en nuestra cultura tienen la vivencia de estas *patterns variables* y la débil presencia en nuestros procesos social de valores deseables para el ejercicio político y el desarrollo económico, finalizaré mi argumentación refiriéndome a las políticas económicas que Safford considera sobrevaloradas en lo referente al desarrollo económico colombiano. Los gobiernos han realizado esfuerzos importantes para promover el desarrollo e impulsar la actividad industrial como

motor de la economía, sin embargo, es visible la tendencia a adoptar modelos de desarrollo ideados por países de "primer mundo", que responden a las necesidades y características de las sociedades para las que fueron concebidos y que al ser aplicados en el país apenas cubren pobremente las necesidades económicas, políticas y sociales que son particulares a nuestra realidad nacional. El olvido del agro es recurrente en los últimos gobiernos y el impacto en la vida rural de este olvido ha sido devastador para el orden público y la prosperidad del sector primario de la economía; los efectos de este olvido, a pesar de los discursos políticos y el afán por la "seguridad" democrática, aún hoy no han podido ser revertidos.

Ospina Rodríguez no logró en el siglo XIX cambiar los valores sociales de la juventud colombiana, ni fomentar en los jóvenes de la época la preferencia por la formación técnica antes que la jurídica. Hoy en pleno siglo XIX, y aunque son innegables los avances, la tendencia a nuestro pesar se mantiene: "Colombia es un país de leyes sin fin y de mecanismos inconmensurables para saltárselas"

Con esta argumentación he tratado de mostrar la presencia decisiva y recurrente de valores que podríamos llamar "negativos" a lo largo de nuestra historia como son los valores particulares, los adscriptivos y la desigualdad. Mi intención última es promover la siguiente reflexión: "es importante pero no clave preguntarnos si fueron los valores mencionados u otros los que nos pusieron ante la desesperanzadora realidad social que afronta Colombia. La pregunta relevante y decisiva debe ser: ¿cómo podemos modificar nuestra herencia cultural nociva para alterar de manera positiva nuestra realidad y augurarnos un futuro próspero como nación y como sociedad?"

Es tiempo de dejar de creer que el presente que hoy tenemos es el que nos merecemos y que nuestra ruta como país ya está trazada por que somos así, por que nuestra naturaleza social



es violenta y desconfiada. Dejemos de pensar en un futuro pesimista y adverso, adoptemos la firme convicción de que aún estamos a tiempo de reencontrar el camino que perdimos como nación y como sociedad. Para ello, se requiere todo un ejercicio de reasimilación moral que permee nuestras vidas, nuestras instituciones, nuestra manera de entender los conceptos de Estado y de comunidad. Para lograrlo sugiero partir del reconocimiento pleno de nuestras diferencias,

de los condicionamientos sociales, históricos, geográficos y culturales que nos hacen únicos y distintos del resto de comunidades, el reto consiste en que como sociedad aprendamos a traducir estas diferencias en "valor" que pueda ser retribuido y potenciado para el beneficio de nuestra gente entendiendo finalmente que todo aquello que nos hace diferentes puede ser una fuente de diferenciación inexplorada.

